

SEDE APOSTÓLICA
SANTO PADRE
Benedicto XVI

Catequesis

AUDIENCIA GENERAL

El hombre en oración (1)

4 de mayo de 2011

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy quiero comenzar una nueva serie de catequesis. Después de las catequesis sobre los Padres de la Iglesia, sobre los grandes teólogos de la Edad Media, y sobre las grandes mujeres, ahora quiero elegir un tema que nos interesa mucho a todos: es el tema de la oración, de modo específico la cristiana, es decir, la oración que Jesús nos enseñó y que la Iglesia sigue enseñándonos. De hecho, es en Jesús en quien el hombre se hace capaz de unirse a Dios con la profundidad y la intimidad de la relación de paternidad y de filiación. Por eso, juntamente con los primeros discípulos, nos dirigimos con humilde confianza al Maestro y le pedimos: «*Señor, enséñanos a orar*» (Lc 11,1).

En las próximas catequesis, acudiendo a las fuentes de la Sagrada Escritura, la gran tradición de los Padres de la Iglesia, los maestros de espiritualidad y la liturgia, queremos aprender a vivir más intensamente nuestra relación con el Señor, casi como en una "escuela de oración". En efecto, sabemos bien que la oración no se debe dar por descontada: hace falta aprender a orar, casi adquiriendo siempre de nuevo este arte; incluso quienes van muy adelantados en la vida espiritual sienten siempre la necesidad de entrar en la escuela de Jesús para aprender a orar con autenticidad. La primera lección nos la da el Señor con su ejemplo. Los Evangelios nos describen a Jesús en diálogo íntimo y constante con el Padre:

con razón uno de los fundadores del pensamiento occidental. Sócrates rezaba así: «*Haz que yo sea bello por dentro; que yo considere rico a quien es sabio y que solo posea el dinero que puede tomar y llevar el sabio. No pido más*» (Opere I. Fedro 279c; trad. it. P. Pucci, Bari 1966). Él querría ser sobre todo bello por dentro y sabio, y no rico en dinero.

En las tragedias griegas, esas excelsas obras maestras de la literatura de todos los tiempos que todavía hoy, después de veinticinco siglos, son leídas, meditadas y representadas, se encuentran oraciones que expresan el deseo de conocer a Dios y de adorar su majestad. Una de ellas reza así: «*Oh Zeus, soporte de la tierra y que sobre la tierra tienes tu asiento, ser inescrutable, quienquiera que tú seas —ya necesidad de la naturaleza o mente de los hombres—, a ti dirijo mis súplicas. Pues conduces todo lo mortal conforme a la justicia por caminos silenciosos*» (Eurípides, *Las Troyanas*, 884-886; trad. it. G. Mancini, en *Pregchiere dell'umanità*, op. cit., p. 54). Dios permanece un tanto oculto, y aún así el hombre conoce a este Dios desconocido y reza a aquel que guía los caminos de la tierra.

También entre los romanos, que constituyeron el gran imperio en el que nació y se difundió en gran parte el cristianismo de los orígenes, la oración, aun asociada a una concepción utilitarista y fundamentalmente vinculada a la petición de protección divina sobre la vida de la comunidad civil, se abre a veces a invocaciones admirables por el fervor de la piedad personal, que se transforma en alabanza y acción de gracias. Lo atestigua un autor del África romana del siglo II d. C., Apuleyo. En sus escritos manifiesta la insatisfacción de sus contemporáneos con respecto a la religión tradicional y el deseo de una relación más auténtica con Dios. En su obra maestra, titulada *Las metamorfosis*, un creyente se dirige a una divinidad femenina con estas palabras: «*Tú sí eres santa; tú eres en todo tiempo salvadora de la especie humana; tú, en tu generosidad, prestas siempre ayuda a los mortales; tú ofreces a los miserables en dificultades el dulce afecto que puede tener una madre. Ni día ni noche ni instante alguno, por breve que sea, pasa sin que tú lo colmes de tus beneficios*» (Apuleyo de Madaura, *Metamorfosis IX*, 25; trad. it. C. Annaratone, en *Pregchiere dell'umanità*, op. cit., p. 79).

En ese mismo tiempo, el emperador Marco Aurelio —que también era un filósofo que reflexionaba sobre la condición humana— afirma la necesidad de rezar para entablar una cooperación provechosa

purifica y lleva a su plenitud el anhelo de Dios originario del hombre, ofreciéndole, en la oración, la posibilidad de una relación más profunda con el Padre celestial.

Al inicio de nuestro camino en la "escuela de la oración", pidamos pues al Señor que ilumine nuestra mente y nuestro corazón para que la relación con él en la oración sea cada vez más intensa, afectuosa y constante. Digámosle una vez más: «*Señor, enséñanos a orar*» (Lc 11,1).

(Saludo a los peregrinos de lengua española)